

Chavela Vargas y el alma popular

Cómo se llega a captar el alma popular al punto de convertirse en símbolo de un pueblo? Hay algo en ese absorber el acento nativo y transmitirlo con fuerza, con estilo y con sinceridad. Más misterio se da todavía cuando el artista no nació en el país al cual va a simbolizar por medio de interpretaciones en que vibra y se reconoce toda una nación.

Ese es el caso de Chavela Vargas, costarricense de origen y de nacionalidad universal, con un hondo acento mexicano, del que ha saltado a canciones de otros países.

Chavela nació en San Joaquín de Flores y cantó con otros niños en el coro de la iglesia. Tímida de carácter, con explosiones y atrevimientos propios de los muy tímidos, un día se animó a cantar en radio Titania del inolvidable Chachalaca. También lo hizo en la boda de sus amigos, doña Mima Montero y don Eladio Trejos. Con el trío de Mario Chacón se aventuró en serenatas y presentaciones.

Un día, en silencio, a los dieciséis años se fue para México a probar suerte y al principio no la tuvo, pasó años duros en que sólo se le reconocía buena voz, pero sin estilo. A la pregunta de cómo se pasa del anonimato a la fama, Chavela contesta que es un momento que se vive y se realiza sin darse mucha cuenta, de un pronto a otro, casi se amaneca inesperadamente a la par de la fama.

Sin embargo, no es tan así. La verdad es que se debe recorrer un largo camino de experiencias y vivencias, para ir perfilando un estilo propio, que capte el alma popular y que entregue la canción al pueblo en tal forma que cada uno sienta que se le está cantando de manera individual.

Chavela ha llegado a ser una Piaff en su estilo y el pueblo mexicano la reconoce como su cantante, la gran intérprete de la canción mexicana. Para localizarla en México, hay que abandonar el carro propio y buscar un taxi, conversar con el taxista y preguntarle dónde está cantando la Vargas. Para saludarla después de la función, hay que hacer una cola de hora y media, mientras se observa la emoción de los que la esperan, unos con flores, otros con discos, varios con regalos y los más con la alegría de que la cantante simplemente les dé la mano.

Ella nos dice que el mexicano no soporta la mentira en el arte, pues se pasa en lo personal jugando a los volados con la vida y la muerte. La mentira se le dice en otras partes, en la política, en la calle, pero no en el arte. La verdad es parte de su estilo, porque Chavela se supo hacer mensajera de la historia con sus corridos, de la vida cotidiana con sus canciones, del amor con su fraseo de entrega, y de la actualidad con sus comentarios atrevidos que le valieron montones de dificultades momentáneas.

En todo caso, Chavela pasa del anonimato a la fama en Acapulco. De ahí se lanza a New York, canta en el Blue Angel, en donde alterna con Harry Belafonte y otros muchos intérpretes famosos. Es una de las primeras artistas latinoamericanas que tiene credencial de actor en New York.



Carmen Naranjo

Luego México de nuevo y de ahí a Europa: España, Francia, Mónaco. Los aplausos y las ovaciones, las críticas y los halagos, los recuerda con determinada filosofía: quiero una lápida muy sencilla, que sólo diga la verdad de la poesía náhuatl: "nada queda de mí en la tierra".

En silencio, siempre en su silencio tímido y de resguardo a su vida íntima, regresó a San Joaquín. Compró una casa y la fue embelleciendo poco a poco, con su enorme gusto por la vida.

A la pregunta de quién fue esa Macorina, una canción compuesta por ella, que ha recorrido todo el mundo, me explica que era una mulata, modelo de pintores y amiga de poetas como Nicolás Guillén. La conoció en La Habana y le impresionó su color canela claro, sus ojos almendrados y la forma en que la admiraban los artistas. Le ofreció una canción y con los versos de Alfonso Camín la compuso. Con una música contagiosa y una letra de acento cubano, la canción dice: "Ponme la mano aquí,/ Macorina,/ ponme la mano aquí./ Tus pies de jaba en la estera/ que se escapaba tu saya/ que al ver tu talle tan fino/ las cañas azúcares/ se echaban por el camino/ como si fueras molino./ Ponme la mano aquí,/ Macorina, / ponme la mano aquí./ Tus senos carnes de anón,/ tu boca una bendición/ de guanábana madura/ y era tu fina cintura/ la misma de aquel danzón./ Ponme la mano aquí,/ Macorina,/ ponme la mano aquí./ Después del amanecer/ que de mis brazos te lleva/ y yo sin saber qué hacer/ de aquel olor a mujer,/ a mango y caña nueva/ con que me llevaste/ al son caliente/ de aquel danzón".

Cuando cantó Macorina en España, Chavela confiesa que el público aplaudía la canción, el mito y la cantante.

En silencio ahora se va Chavela, rumbo a Acapulco, para radicarse por allá. Vendió la casa que se sentirá muy extrañamente habitada ya sin ella, porque es una creación personal como sus canciones y sus interpretaciones. Se va un poco porque "nada queda de mí en la tierra".

En este caso la poesía náhuatl no dice la verdad. Queda mucho de Chavela en esta tierra, en México y en el mundo. Queda algo más que la anécdota personal, la circunstancia alegre o triste de algunos días. Queda algo más que su amistad con Edith Piaff, con la familia Mónaco, con Diego Rivera y Frida Kalo. Queda definitivamente esa forma de captar el alma popular, de vencer nacionalismos, de representar al pueblo mexicano, de cantar como si le cantara personalmente a cada uno, de frasear el verso simple, quizás pueril, para convertirlo en poema, tal como lo dijo de otro cantante, Bola de Nieve, Pablo Neruda, quien lo llamó "Corazón sonoro, que hace de lo popular un poema".

En silencio, un silencio de respeto y de admiración, nuestro pueblo la despide. Ella se llevó lo mejor de nosotros para entregarlo a otro pueblo, en un mensaje de paz, de entendimiento y de convivencia, que es siempre el lenguaje de la creación y de la cultura. Nos enorgullecen su aporte, sus valores y esa forma genial en que captó el alma popular para afirmar en cada quien la alegría de ser latinoamericano.